



Dios y el hombre
en la filosofía del humanismo burgués contemporáneo
Jorge de Juan Fernández
Dios y el hombre, vol. 5, n. 1, e077, 2021
ISSN 2618-2858 - <https://doi.org/10.24215/26182858e077>
<https://revistas.unlp.edu.ar/DyH/index>
Cátedra libre de pensamiento cristiano – UNLP
Seminario Mayor San José
La Plata, Buenos Aires, Argentina

DIOS Y EL HOMBRE EN LA FILOSOFÍA DEL HUMANISMO BURGUÉS CONTEMPORÁNEO

God and Man
in the Philosophy of Contemporary Bourgeois Humanism

Jorge de Juan Fernández

jjuaaf@unileon.es

Universidad de León – León – España

Resumen

El hombre burgués traduce su "ser" por "tener". Esto trae consigo la formación de una idea errónea de la Trascendencia, ya que en el planteamiento filosófico, el problema Dios está condicionado por la antropología. Junto a ello, se producirá una desviación de los valores comunitarios del hombre y de las relaciones humanas.

El presente artículo se presenta como una llamada urgente a impulsar un nuevo humanismo que corrija el desequilibrio entre el mundo del "ser" y el del "tener" y fomente el desarrollo íntegro de la vocación personal.

Palabras clave: humanismo, burgués, marxista, Dios.

Abstract

The bourgeois man translates his "being" as "having". This brings with it the formation of an erroneous idea of transcendence, since in the philosophical approach, the problem of God is conditioned by anthropology. Along with this, there will be a deviation from the communal values of man and from human relationships.

This article is presented as an urgent call to promote a new humanism that corrects the imbalance between the world of "being" and that of "having" and promotes the integral development of the personal vocation.

Keywords: humanism, bourgeois, marxist, God.

Recibido: 08/01/2021

Aceptado: 20/05/2021

Publicado: 12/07/2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

El humanismo siempre se concibe como una tendencia dinámica que tiende a hacer al hombre más verdaderamente humano y a manifestar su grandeza original haciéndole participar en todo lo que pueda enriquecerle en la naturaleza y en la historia, concentrando el mundo en el hombre y dilatando el hombre hacia el mundo.

Las raíces que permiten dar nacimiento a uno o a varios humanismos son la cultura y la civilización, y por tanto el poder creador de un humanismo ha de estar en función de las exigencias vitales de su época y de las necesidades profundas del hombre contemporáneo. Hoy estamos asistiendo a una crisis de civilización y estamos palpando el conflicto de los humanismos porque todos ellos encuentran grandes dificultades para fijar una definición del hombre.

Al plantear el problema del humanismo burgués no se pueden adoptar posturas o tramas, sino que es preciso analizarlo desde la sociedad en que se vive, la sociedad capitalista-burguesa. En esta comunidad supone un estado de buena conciencia, incluso satisfecha en la propia alienación de la persona.

Este humanismo burgués está en el origen del humanismo ateo de la soledad del existencialismo y del humanismo ateo de la solidaridad del marxismo, y de igual forma que el marxismo y el existencialismo no logran superar la esfera de lo impersonal, tampoco lo ha conseguido el humanismo burgués. Sin embargo, hay una diferencia entre el humanismo burgués y el humanismo marxista. El primero es la conciencia dichosa del mundo, mientras que el proletario es la conciencia desgraciada del mundo. El marxismo, que es la primera reacción ante el humanismo burgués, no logra tampoco resolver la oposición del espíritu y de la materia que hay dentro de la filosofía del humanismo burgués. La filosofía del hombre burgués se analiza en el orden fenomenológico, en el orden metafísico y en el ético, para ver cómo este hombre constituye la negación de la primacía de lo espiritual, distinguiendo entre clase burguesa y espíritu burgués. La característica fundamental del hombre burgués es el miedo, y su valor primordial la defensa del desorden establecido. Su vida está íntegramente orientada hacia la felicidad, que significa únicamente bienestar y posesión.

Detrás de este análisis descriptivo se esconde una auténtica filosofía. El hombre burgués está centrado en dos polos que definen la existencia humana, y de una manera exclusiva en el polo negativo del tener, que no es más que un



vulgar sucedáneo del polo positivo del ser. Esta metafísica tiene consecuencias para su comportamiento ético puesto que anula el mundo interior de la persona, que es el que anima toda vía privada y pública. Los únicos valores importantes para regular su conducta son el dinero y la consideración social. Este espíritu burgués es el que ha destruido los auténticos valores de nuestro pueblo, que no podemos identificar con el proletariado de la concepción marxista.

El problema de Dios en el humanismo burgués hay que examinarlo a la luz de su planteamiento filosófico riguroso. En el momento filosófico actual el problema Dios está condicionado por la filosofía del hombre. Por ello, una desviación en la filosofía de los valores humanos produce inevitablemente una desviación en el planteamiento filosófico del problema de Dios.

En el hombre burgués hay una primicia absoluta del "tener" sobre el "ser", mientras que en Dios hay una identidad absoluta entre el Ser y el Tener. Dios no tiene nada porque lo es todo. Esta desviación hace que el hombre burgués se forme de Dios un concepto demasiado humano: el Dios de las seguridades, o demasiado inhumano: el Dios que no ama al hombre. Por este motivo, en la vida práctica del burgués, bajo la aparente credulidad, se esconde un auténtico ateísmo.

De igual forma, en la concepción del hombre burgués se produce una desviación de los valores comunitarios del hombre y de las relaciones humanas. De ahí que el humanismo burgués no sólo sea un humanismo antropocéntrico sino la negación del humanismo, puesto que la libertad del hombre burgués es una libertad puramente ilusoria, absorbido como está en su mundo del "tener". Es preciso crear un nuevo humanismo que supere al humanismo burgués consiguiendo para el "pueblo" y por el "pueblo" un orden cultural, un orden económico, político, cristiano, que no esté fundamentado en una concepción masiva, sino centrado en la misma noción de persona.

Este humanismo debe lograr el desarrollo íntegro de la vocación personal en sus tres dimensiones: en su dimensión de trascendencia, o en su abertura a Dios, a través de la meditación reflexiva; en su dimensión de comunión con las demás personas a través de la aceptación generosa del diálogo; y en su relación con el mundo a través del compromiso con él.

Junto a esta misión debe lograr crear unas estructuras en la sociedad que produzcan un equilibrio entre el mundo del "ser" y el del "tener". Es preciso corregir la desproporción que hoy existe en nuestra sociedad concreta en la que nos encontramos con que las personas, que espiritualmente han logrado desarrollar su mundo del "ser", no pueden tener en cambio los bienes materiales que otras personas menos desarrolladas espiritualmente poseen. Esto produce un resentimiento y un malestar en la vida social. Hoy podemos comprobar cómo en muchas ocasiones aquellos que "son" no "tienen". De igual manera, también podemos encontrar con relativa frecuencia que los que "tienen" no "son", lo que constituye la otra vertiente que origina una cierta irritación en la sociedad y que se traduce en la vida real como irresponsabilidad e incompetencia.

Este nuevo humanismo ha de hacernos tomar conciencia de que el progreso material es condición necesaria para el progreso humano, pero no suficiente, porque no se puede admitir que la actividad industrial y científica acapare la metafísica humana.

Frente a la concepción materialista del hombre, el humanismo que se hace hoy urgente recupera ciertos valores que pertenecen genuinamente a nuestra condición. La noción de espíritu ha recobrado sus derechos autónomos frente a las negaciones del materialismo. Una nueva forma de libertad nos concede la oportunidad de entenderla como un atributo propio del hombre, que no menoscaba para nada el orden mecánico del universo. El valor central de la persona en este humanismo restituye al individuo sus fueros, los cuales habían sido relegados por la burguesía en pos de la materia y el marxismo propendía a disolver en la masa o la colectividad.